

FELIPE PIGNA

LA VIDA POR LA PATRIA

UNA BIOGRAFÍA
DE MARIANO MORENO



Felipe Pigna

La vida por la patria

Una biografía de Mariano Moreno



Marianito

La primavera de 1778 invadía Buenos Aires trayendo vientos renovados al Río de la Plata. Meses antes, la monotonía de la ciudad-puerto se había sacudido con la llegada de la real cédula que establecía definitivamente el Virreinato, creado de manera provisoria dos años atrás para hacer frente a los avances de los portugueses y a la amenaza de sus principales aliados y directores de su política exterior, los británicos. El documento había sido firmado por el tan déspota como ilustrado rey Borbón Carlos III el 27 de octubre de 1777, pero recién se pudo cumplir ocho meses después, algo habitual en esos tiempos en que las comunicaciones marítimas y la burocracia avanzaban con pareja lentitud.

La real cédula ratificaba a Buenos Aires como cabeza de la jurisdicción y nombraba como su nuevo titular a un hombre nacido en Mérida del Yucatán, en el actual territorio mexicano, Juan José de Vértiz y Salcedo, quien asumió el cargo en Montevideo el 26 de junio de 1778, a los sesenta años de edad. Vértiz conocía bien la ciudad de Buenos Aires porque había sido su gobernador desde 1770 hasta la llegada de Cevallos, cuando pasó a gobernar Montevideo. Acumulaba una larga carrera militar que incluía su participación activa en combates en Italia y Portugal. Una de sus primeras medidas fue ordenar que se hiciera un censo o padrón de población, que arrojaría para la ciudad que empezaba a enorgullecerse de su condición de capital virreinal una cifra de poco más de 24.000 habitantes. Muy pronto, el Reglamento de Comercio, firmado el 12 de octubre de ese mismo año por el rey, habilitaría al puerto de Buenos Aires para traficar legalmente con otros 39 de España, América y Filipinas.

La creación del Virreinato y la apertura del comercio, aunque condicionada todavía por el detestado monopolio español, eran parte de las llamadas «reformas borbónicas» que a lo largo del siglo XVIII, y en especial durante el reinado de Carlos III (1759-1788), buscaban

hacer más «eficientes» la administración y el dominio español; dicho en criollo: explotar al máximo las colonias para paliar el histórico déficit de la corona española. Era un proceso altamente contradictorio, en el que las ideas de la Ilustración, basadas en la «luz de la Razón», se aplicaban para fortalecer el absolutismo monárquico y el control político y económico sobre los territorios de ultramar.

Escribía uno de los ilustrados españoles, Gaspar Melchor de Jovellanos:

Las colonias [...] son útiles, en cuanto ofrecen un seguro consumo al sobrante. Si se supone una nación cuya industria esté al nivel de sus necesidades, y no tenga sobrante alguno, ciertamente que esta nación no necesitará colonias, a lo menos para este primer objeto [...]. Y contrayéndonos a España, de nada le servirán las Américas para fomentar las manufacturas de paños, mientras los productos de este ramo de industria no suban.¹

De esta manera, la región se incorporaba, tardíamente, a ese «Siglo de las Luces» que estaba casi finalizando. La Ilustración, el movimiento de ideas que apelaba al entendimiento humano como fuente de conocimiento y rechazaba la noción de verdades reveladas por la divinidad, había alcanzado su punto culminante en la publicación de los volúmenes de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*. Acaso como símbolo de esa culminación, en 1778 murieron dos de los más destacados autores «ilustrados» y colaboradores de la *Enciclopedia*: a los 66 años, el ginebrino Jean-Jacques Rousseau y, a los 82 años, el francés François-Marie Arouet, más conocido por su seudónimo literario de Voltaire. La despótica Catalina II de Rusia, haciendo gala de su ilustración, adquirirá los libros que componían la nutrida biblioteca de Voltaire para sumarlos a la suya, que tendrá 38.000 volúmenes al final de su reinado.

En la primavera parisina, Christoph Willibald Ritter von Gluck estrenaba en Versalles las óperas *Ifigenia en Táuride* y *Eco y Narciso*. Por aquel año, también en París, probaba suerte el joven Wolfgang Amadeus Mozart, que ya no contaba con los favores de la reina María

¹ Cándido Nocedal, *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo II, Editorial M. Rivadeneyra, Madrid, 1839, pág. 71.

Antonieta y debía atender a su madre moribunda que dejaría este mundo en julio de 1778. Amadeus sobrevivía dando clases de composición a la hija de Adrien-Louis de Bonnières, duque de Guines, y no andaba con vueltas a la hora de redactar los informes sobre la evolución de su alumna que interpretaba el arpa: «No tiene ideas [...] no le viene nada. En primer lugar, es totalmente estúpida, y en segundo lugar es totalmente holgazana». El saldo positivo de aquella experiencia fue la composición del *Concierto para arpa y flauta en do mayor K. 299*, tras lo cual marchó hacia Salzburgo para trabajar en la corte del príncipe arzobispo, donde estrenaría sus óperas *Thamo* y *Zaide*, la serenata *Posthorn* y la *Sinfonía concertante para violín y viola*.

En la capilla de Bonn, el 26 de marzo de 1778 el tenor oficial del templo, Johann van Beethoven, presentó en concierto a su pequeño hijo de ocho años, Ludwig, quien interpretó obras en clavicordio. Ninguno de los presentes estaba en condiciones temporales de dimensionar el episodio y don Johann soñaba con que el muchachito se convirtiera en un nuevo Mozart.

Mientras tanto, en Gran Bretaña, convertida en potencia de primer orden, avanzaba la Revolución Industrial que en pocas décadas transformaría los modos de producción y las relaciones sociales. Con ella también se iría afirmando un nuevo credo económico y político, el del liberalismo, una de cuyas primeras expresiones fue el libro *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, publicado en 1776.

Allí decía, entre otras cosas: «Aunque el desgaste de un sirviente libre sea también a expensas de su amo, le cuesta mucho menos que el de un esclavo. [...] Creo que la experiencia de todas las edades y las naciones demuestra que, si bien el trabajo realizado por los esclavos parece costar solo sus gastos de mantenimiento, al fin de cuentas resulta más caro. Una persona que no puede adquirir propiedades, no puede tener más interés que el de comer todo lo posible y trabajar lo menos posible».

Pero no solo en Europa se producían novedades. Mientras la obra de Adam Smith se publicaba en Inglaterra, trece de sus colonias americanas proclamaban la independencia, dando origen a los Estados Unidos. En 1778, la monarquía francesa decidió reconocer a la nueva nación y apoyarla en su lucha contra Gran Bretaña, su tradicional enemiga. En junio de 1779, los Borbones españoles se sumarían a sus parientes franceses en esta aventura bélica en la que no obtendrían el más mínimo rédito de ningún tipo y de la que nunca terminarían de arrepentirse.

Esa contradicción, la de dos coronas absolutistas apoyando a los revolucionarios norteamericanos que habían proclamado el derecho de los ciudadanos a rechazar la tiránica autoridad monárquica y establecido la primera república moderna, no era la única en las políticas de los Borbones. Sus reformas incluían medidas impositivas que generaron protestas y levantamientos en América, al tiempo que un sistema de «repartos», que obligaba a las comunidades indígenas a comprar bienes que no necesitaban, fue extendiendo el descontento. En el Alto Perú (la actual Bolivia), incorporado al Virreinato del Río de la Plata, el cacique de Macha, Tomás Katari, cansado de esos y otros «abusos», emprendió el largo camino hasta Buenos Aires para presentar sus quejas al virrey. Debió hacer las casi 500 leguas (más de 2.500 kilómetros) a pie. ¿Por qué a pie? Porque en aquellos «anhelados» tiempos coloniales a los indígenas les estaba prohibido montar a caballo o en mula. En noviembre de 1778, tras meses de marcha, logró entrevistar a Vértiz y dejarle su queja por escrito, en la que decía:

Yo confieso a V. E. y no lo puede dudar, que los tiranos repartos de los corregidores es el origen principal de la ruina de todo el Reino, porque con estos no solamente el mismo corregidor nos saca el pellejo, sino también sus tenientes, cajeros y parciales, como se ha visto en el corregidor Joaquín de Alós; este ha repartido cerca de cuatrocientos mil pesos,² el teniente Luis Núñez y su mujer, crecida cantidad, su teniente don Lucas Villafrán y su mujer, igual cantidad, fuera de muchos arrimados del corregidor en la segura inteligencia que cuando un corregidor y teniente salen ellos cargados de caudales, los pobres indios, sin pellejo. Todos los dichos han repartido cuanto han querido y cuantos géneros que no son usables entre los indios, de suerte que hemos estado esperando cuando estos ladrones nos repartan breviarios, misales y casullas para decir misa y bonetes para ser doctores.³

² Para que quede claro, el corregidor y sus secuaces habían obligado a los indígenas a comprar mercancías inútiles por valor de cuatrocientos mil pesos.

³ Véase <https://es.scribd.com/doc/2958017/TOMAS-KATARI-2-1>, escrito elaborado por K'anchay Qoyllur Toconás y Tayta Carmelo Sardinias Ullp para ser presentado ante los diputados de la Comisión de Cultura de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a fin de impulsar la sanción de una ley para denominar «Tomás Katari» a la plazoleta ubicada entre las calles Charrúa e Itaquí del barrio de Nueva Pompeya de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; consulta realizada el 25/5/2017.

Haciendo gala de este cínico doble discurso que venimos señalando, el ilustrado virrey de las luminarias le dio la razón, pero a su regreso don Tomás Katari sería encarcelado, con lo que comenzaría en tierras del Virreinato un levantamiento revolucionario coincidente con el que en Cuzco encabezaría José Gabriel Condorcanqui, que pasara a la historia como Túpac Amaru II.

A ese mundo en ebullición, que alcanzaba ya al extremo austral del imperio español en América, llegó Mariano Moreno, el 23 de septiembre de 1778, siete meses después que José de San Martín, nacido en Yapeyú el 25 de febrero.

Los hermanos de Mariano

Las primeras referencias biográficas sobre Moreno provienen de su hermano Manuel, quien en 1812 publicó en Londres el libro *Vida y memorias de Mariano Moreno*, con la clara intención de reivindicar su figura y actuación.⁴ Más allá de ese carácter de «alegato, no solo en favor de Mariano sino también de la incipiente Revolución»,⁵ y de algunos datos erróneos,⁶ buena parte de lo que sabemos sobre su familia y sus primeros años surge de esas páginas, escritas a gran velocidad y en las dramáticas circunstancias que veremos al final de este libro.

Según ese relato, Mariano era el mayor de los hijos nacidos del matrimonio de Manuel Moreno Argumosa y Ana María Valle, de los que «han sobrevivido cuatro varones y cuatro mujeres». Don Manuel escribió un *Libro de la razón de los días de nacimiento, bautismo, confirmación y muerte de mis hijos*. Allí menciona a Mariano, bautizado el 25 de septiembre en la iglesia de San Nicolás (ubicada donde hoy se levanta el Obelisco porteño); a Manuela Paula, nacida en 1780 y fallecida en 1781; Manuel, nacido en enero de 1782; María de las

⁴ Manuel Moreno, *Vida y memorias de Mariano Moreno*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.

⁵ Gustavo Ferrari, «Prólogo» a Manuel Moreno, op. cit., pág. 8.

⁶ Así, por ejemplo, señalaba como fecha de nacimiento de su hermano el «3 de setiembre de 1799» (Manuel Moreno, op. cit., pág. 20). La partida de bautismo, en cambio, firmada por José Hipólito de Ortega, cura rector de la parroquia porteña de San Nicolás, indica el 23 de septiembre de 1798. Véase Enrique de Gandía, *Mariano Moreno. Su pensamiento político*, Pleamar, Buenos Aires, 1968, pág. 37.

Nieves, nacida en 1783; María Micaela, nacida en 1789; José Eusebio, nacido en 1792; los mellizos Teodoro María y Teodoro José, nacidos en 1794, este último falleció a la semana; Ana María, nacida en 1797 y Telesfora María, nacida en 1800.⁷

Noticias de un naufragio

Moreno padre había nacido en 1746 en Santander, el bello puerto de la región de Cantabria, en el norte de España. Como otros coterráneos, había venido a América en busca de fortuna.

Dice Manuel Moreno que sus antepasados, «por no haber salido de una medianía honrosa no han hecho ruido en los anales del pueblo», pero pese a su pobreza estaban «llenos de la presunción de un noble origen, como lo son todos los naturales de aquella parte de España».⁸ Está claro que se trataba de labradores libres, solo sujetos al rey y no a un señor feudal, y que sus recursos o sus contactos sociales les permitieron dar a su hijo algún grado de instrucción, ya que Moreno padre sabía leer, escribir y llevar cuentas como para buscar empleo en la administración colonial.

Su primera venida a América lo llevó a Cuba, contratado por un general paisano suyo. Terminada la misión de su patrón, regresó a Santander. Decidió nuevamente probar suerte en América y obtuvo permiso para embarcarse en Cádiz con destino a Lima a bordo del navío de registro *La Purísima Concepción*, que pasó por Montevideo en diciembre de 1765 y enfiló para el sur en busca del paso hacia el Pacífico. Cuando el barco entró en el Estrecho de Magallanes a principios de enero de 1766, una terrible tormenta averió seriamente la nave y los tripulantes se vieron obligados a abandonarla. Fueron muy bien recibidos por los habitantes originarios de la Tierra del Fuego. Cuando pasó la tormenta, los naufragos pudieron evaluar que la embarcación no se había destrozado del todo, pero había quedado semisumergida. A la manera de Robinson Crusoe, comenzaron a organizar expediciones para rescatar víveres y objetos del barco y construir cabañas. Según le gustaba contar a don Manuel y relata su hijo Manuel, las

⁷ Citado por Román Francisco Pardo, *Documentos de Mariano Moreno*, Casa Pardo, Buenos Aires, 1960, págs. 28-35.

⁸ Manuel Moreno, op. cit., pág. 18.

chozas estaban adornadas con terciopelos de Italia, sedas de Persia, cortinas de Damasco y lujosos espejos originalmente destinados a la presuntuosa burguesía limeña. Se inició un fluido intercambio con los nativos, a quienes podía verse vestidos de terciopelo y con telas de oro y plata, a cambio de alimentos y de un certero entrenamiento en la caza y la pesca de las especies del lugar. Entretanto, los 53 sobrevivientes habían comenzado la construcción de una nueva embarcación con los restos de *La Concepción*, que estuvo lista para mayo. Tras la despedida de sus nuevos amigos, se hicieron a la mar y llegaron, luego de una complicada navegación, a Montevideo. Así concluía un naufragio que podía haber cambiado la historia.

Después de esa experiencia, Manuel Moreno Argumosa decidió no volver a embarcarse y, a mediados de 1766, a los 21 años de edad, se radicó en Buenos Aires, donde consiguió un empleo subalterno en la Tesorería de las Cajas Reales.

A su manera, el padre había percibido un peligro, un destino trágico que asomaba amenazante entre las aguas y los barcos.

Una familia sin lujos

El oficial mayor de las Cajas Reales, jefe de Moreno Argumosa, era un catalán, Antonio Valle, quien en 1756 se había casado con una criolla, María Luisa Ramos Monzón. Este tipo de matrimonios era muy frecuente en la Buenos Aires de entonces, por varios motivos. En primer lugar, la mayoría de los peninsulares venidos a buscar fortuna en América llegaban solteros, mientras que la tasa de masculinidad en la todavía pequeña aldea era relativamente baja. Las políticas borbónicas, que favorecían a los nacidos en España por sobre los americanos, los convertían en buenos partidos para las familias de las muchachas casaderas porteñas. En un tiempo en que los vínculos de parentesco tejían buena parte de las redes de influencia política, económica y de prestigio, marcando las posibilidades de ascenso o incluso de mantenimiento de la posición social, «casar bien» a sus hijas e hijos era una de las principales aspiraciones de padres y madres. Fue así también que Ana María Valle, hija de don Antonio y doña María Luisa, se casó con Manuel Moreno Argumosa.

Manuel y Ana María formaron un típico hogar de funcionario de mediana jerarquía. Según su hijo, llevaban una vida austera, producto

de los escasos ingresos familiares pero también de una austeridad un tanto excesiva del padre, hombre de pocas palabras, salvo cuando estaba de humor para recordar su viaje a Cuba o episodios de su naufragio. En la casa no había ni bailes, ni fiestas, ni se practicaban los tan difundidos juegos de azar; don Moreno no quería que sus hijos ni siquiera jugasen a las cartas.

No se podía hacer mucho con sus muy escasos 270 pesos anuales, que no alcanzaban para comodidades, ni mucho menos para lujos ni ahorros.⁹ El hecho de que Mariano, el primero de sus hijos, fuese bautizado en la parroquia de San Nicolás sugiere que posiblemente viviesen en la zona, que aunque hoy corresponde al centro de la ciudad, hasta bien entrado el siglo XIX era un barrio mucho más económico, casi marginal: el pésimo escurrimiento de sus calles hacía que se inundasen con una lluvia mediana.

Cuando en 1778, en coincidencia con la confirmación del Virreinato, se estableció en Buenos Aires la intendencia de la Real Hacienda y el Tribunal Mayor de Cuentas, ampliando las funciones de las antiguas Cajas Reales, la situación familiar tuvo una leve mejoría: en febrero de 1779, un ascenso de cargo llevó los ingresos de don Manuel a unos 400 pesos anuales.¹⁰

Pequeños propietarios

Pasaron todavía varios años antes de que los Moreno-Valle cumplieren el sueño de la casa propia. Y para ello fue necesaria una circunstancia especial, que por un tiempo tuvo alejado al padre de la familia.

El tratado de paz entre España y Portugal, firmado el 1 de octubre de 1777 en el palacio de San Ildefonso, al tiempo que puso fin a la guerra que había llevado a la creación del Virreinato del Río de la Plata estableció criterios para delimitar las posesiones de ambas potencias en esta parte de sus dominios coloniales.

⁹ Como referencia, hay que considerar que la paga diaria de un albañil –oficio relativamente bien pago porque no abundaban quienes lo ejercían como oficiales– era de un peso y la de un peón urbano, de medio peso (4 reales diarios). Por esos mismos años, el alquiler promedio de una pieza en el centro de Buenos Aires estaba entre los 6 y los 8 pesos mensuales.

¹⁰ Celedonio Galván Moreno, *Mariano Moreno. El numen de la Revolución de Mayo*, Claridad, Buenos Aires, 1960, pág. 15.

Para concretar esa demarcación, se nombraron comisiones de límites, que a partir de 1781 empezaron su labor en el terreno. El célebre naturalista Félix de Azara fue uno de quienes estuvieron al frente de esas expediciones que recorrieron un territorio en su mayor parte desconocido por las autoridades. La labor de explorar, reconocer y levantar planos demandó varios años y una organización que, junto con baquianos, cartógrafos y soldados, requirió una importante logística y una puntillosa contabilidad de los gastos. Manuel Moreno Argumosa consiguió ser nombrado «ministro de la Real Hacienda», es decir, contador y representante del Tesoro, de la segunda partida de la comisión de límites. Entre 1783 y 1788, desempeñó en varias temporadas ese cargo en tierras de las antiguas misiones jesuíticas, hasta que por su deteriorada salud debió dejarlo. Junto con nuevos relatos para sus hijos, don Manuel reunió gracias a esta misión el capital que le faltaba para poder mudar a su familia a un hogar más decente y cómodo y ampliar la dotación de esclavos a su servicio.

Los Moreno se mudaron al Barrio del Alto, que por entonces era aún parte de la parroquia de la Concepción, de la que fue separada en 1806 para crear la de San Pedro Telmo.¹¹ En la época, San Telmo era el límite sur de la ciudad, un barrio animado y que hacia fines del siglo XVIII tenía cierta «mala fama», ya que en él las casas de familia y las pulperías compartían las cuadras de las calles del Santo Cristo (la actual Balcarce) y Mayor (hoy, Defensa) con alguna que otra pieza alquilada que oficiaba de burdel.

Los Moreno-Valle, aunque estaban bastante lejos de pertenecer a la elite de comerciantes y altos funcionarios de la capital virreinal, integraban lo que entonces se denominaba la «parte decente» de la población, formada por los «blancos» propietarios. Lo que no significaba, pese a ser amos de esclavos, que fuesen ricos o tuvieran una situación desahogada.

El ingreso de 1.200 pesos anuales que don Manuel tenía asignado mientras se desempeñó en la comisión demarcatoria, se redujo a la mitad al retomar su puesto en el Tribunal de Cuentas, pero pudo aliviar un poco la situación cuando lo nombraron entre los encargados de ordenar la contabilidad fiscal, que dejaba bastante que desear.

¹¹ Noemí Goldman, *Mariano Moreno. De reformista a insurgente*, Edhasa, Buenos Aires, 2016, pág. 27.

Como veremos, este nuevo ascenso llegaba en un momento más que oportuno para la carrera universitaria de su hijo Mariano.

De rodillas ante el virrey

Cuenta Manuel que tanto él como su hermano habían sido criados en la sumisión respetuosa a las autoridades y para ejemplificarlo relata que cierta tarde pasó por la puerta de la casa de los Moreno el tercer virrey del Río de la Plata, el marqués de Loreto. Cuando Mariano, que por entonces tenía seis años, escuchó el ruido del coche salió a la calle y, sorprendido por el brillo del carruaje y los trajes de los pajes, pensó que debía postrarse como era obligatorio frente al obispo. El marqués, que como cualquiera de estos personajes, hacía un culto del boato y el homenaje, se sintió muy complacido. Nunca hubiese podido imaginar que aquel niño arrodillado se convertiría en el revolucionario que pondría fin al injusto y arcaico régimen virreinal que él representaba.

La infancia en tiempos de la viruela

En ese hogar sin mayores lujos se fue formando Mariano Moreno. Según el relato de su hermano, la autoridad paterna parecía regir a toda la familia, pero destaca que la figura de su madre fue muy importante en la formación de ambos.

Ana María Valle era una de las pocas mujeres porteñas de entonces que sabían leer y escribir y fue ella quien le enseñó a leer a Mariano, antes de que completara su educación elemental, aprendiendo a escribir y las operaciones matemáticas básicas, en la llamada Escuela del Rey, de carácter público.

A los ocho años, Mariano fue atacado violentamente por la viruela. Esta enfermedad infecciosa originaria del Viejo Mundo, provocada por un virus y caracterizada por las erupciones de la piel, por mucho tiempo fue letal. Traída a América por los conquistadores europeos, diezmo a las poblaciones originarias que carecían de anticuerpos de defensa ante ella. Todavía a fines del siglo XVIII podía provocar la muerte de un tercio de los infectados, especialmente entre los niños, de allí el célebre dicho, «a la vejez, viruela», para marcar algo impropio de una edad adulta. Si bien hay referencias a formas de inocu-

lación desde la Antigüedad, recién en 1796 el médico inglés Edward Jenner desarrolló un método efectivo, con la primera vacuna. Esta llegaría experimentalmente al Río de la Plata a partir de la iniciativa del médico Miguel O’Gorman,¹² y desde 1805 se difundiría su aplicación gracias a la labor del sacerdote Saturnino Segurola y el apoyo dado, desde el Consulado y el *Semanario de Agricultura y Comercio*, por Manuel Belgrano.¹³

Afortunadamente, Marianito pudo sobrevivir a la viruela y crecer sano y sin contratiempos.

¿Cómo era Mariano?

Un rasgo característico de quienes padecieron la enfermedad son las marcas dejadas por las erupciones en la piel, los «picados de viruela». Según su hermano Manuel, esas señales eran bastante visibles en el rostro de Mariano, pero no afectaban sus facciones.¹⁴

¿Puede tejerse alrededor de los llamados próceres también una casi frívola discusión acerca de su belleza y de su aspecto físico? ¿Por qué no? Sobre todo si se trata de uno de los hombres de la historia menos retratados. Veamos cómo asume este tema Miguel Ángel Scenna:

La clásica iconografía nos acostumbró a un Moreno de rostro abierto, redondeado, simpático, de ancha frente despejada y sereno mirar. Bien vistas las cosas, no podía ser tan bonito y de cutis terso, desde el momento que estaba picado de viruelas hacia los ocho años de edad, si bien hay testimonios de que esas huellas indelebles –claramente visibles– no le habían desfigurado el rostro

¹² Michael O’Gorman (1736-1819), que castellanizó su nombre de pila, era uno de los muchos irlandeses católicos que debieron exiliarse ante las persecuciones político-religiosas de los ingleses. Estudió en Reims y París, y después fue cirujano militar en España. Llegó al Río de la Plata con la expedición de Cevallos de 1776 y se radicó en Buenos Aires, donde fue el impulsor del Protomedicato –encargado tanto del control médico como de la capacitación de profesionales, antes de la creación de la escuela de Medicina–. O’Gorman fue uno de los que introdujo la vacunación antivariólica en el Río de la Plata y, en 1810, uno de los donatarios de libros y dinero para fundar la Biblioteca Pública.

¹³ Véase mi libro *Manuel Belgrano, el hombre del bicentenario*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

¹⁴ Manuel Moreno, op. cit., pág. 21.

ni alterado el dibujo de las facciones. Pero lo importante es que la iconografía citada, basada especialmente en el famoso cuadro del pintor chileno Subercaseaux (Museo Histórico Nacional: es el Moreno «de la lámpara», con el prócer meditando pluma en ristre y la siniestra apoyada en la sien, ante unas cuartillas, en el silencio de su mesa de trabajo iluminada por una lámpara),¹⁵ no se basa en un conocimiento directo del modelo, siendo más o menos imaginativas. Ya que es importante destacar que hasta no hace mucho no se conocía ningún retrato directo de Mariano Moreno. No hace muchos años apareció uno, firmado por el cuzqueño Juan de Dios Rivera, al que hoy se considera el único retrato fiel del prócer, tomado del natural. Correspondería a una época no precisada, anterior a los acontecimientos de Mayo, y nos muestra un rostro alargado, encuadrado por abundante cabellera peinada hacia adelante, cubriendo la frente, con cortas patillas a los lados, también encurvadas hacia adelante. Los ojos grandes, vivos, bajo cejas de correcto arco, una larga y afilada nariz, poco prominentes mejillas y una boca de bien dibujados labios. Es un rostro inteligente, agradable, incluso simpático, en el que algunos también quieren ver las huellas de una salud no muy floreciente.¹⁶

Luces y sombras del Real Colegio de San Carlos

A los doce años, Mariano comenzó a estudiar en el Real Colegio de San Carlos Carolino, ubicado al lado de la iglesia de San Ignacio, en el solar que hoy ocupa el Colegio Nacional de Buenos Aires. El nombre era un tributo de gratitud al rey Carlos III, bajo cuyo gobierno se estableció en 1773,¹⁷ sobre la base del antiguo colegio grande de los jesuitas

¹⁵ La obra fue pintada en ocasión del Centenario, en 1910.

¹⁶ Miguel Ángel Scenna, «Mariano Moreno, ¿Sí-No?», *Todo es Historia*, N° 35, marzo de 1970, págs. 8-29.

¹⁷ Según Juan María Gutiérrez (*Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Ediciones La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915, pág. 46), la instalación de este colegio tuvo lugar el día 3 de noviembre de 1783, aunque desde febrero de 1773, que es la fecha más remota a que se refieren los documentos que tenemos a la vista, existían estudios públicos superiores para alumnos externos, bajo la misma denominación de colegio de San Carlos.

expulsados. En 1783, había sido reorganizado como convictorio, es decir, con un régimen de internado para los alumnos. Los estudiantes debían ser por reglamento «de la primera clase, hijos legítimos que sepan leer y escribir suficientemente y cristianos viejos, limpios de toda mácula y raza de moros y judíos».¹⁸ El colegio admitía estudiantes en carácter de oyentes («copistas» se los llamaba, para diferenciarlos de los «colegiales» pupilos), que solo tomaban sus lecciones y regresaban luego a sus casas. Moreno cursó sus estudios de Gramática latina, Lógica y Teología en esta condición, seguramente porque su padre no estaba en situación de afrontar los gastos que demandaba ser residente en el establecimiento.¹⁹

El plan de estudios del colegio había sido preparado por un hombre «ilustrado» como era el padre Juan Baltasar Maciel, quien propiciaba una renovación de la enseñanza. Así, Maciel consideraba:

Las cátedras de filosofía no tendrán obligación de seguir sistema alguno determinado, especialmente en la física, en que se podrán apartar de Aristóteles y enseñar por los principios de Descartes, de Gasendi, de Newton y alguno de los otros sistemáticos, arrojando todo sistema para la explicación de los efectos naturales, seguir solo la luz de la experiencia por las observaciones y experimentos en que tan últimamente trabajan las academias modernas.²⁰

No deja de ser curioso este texto, en el que Maciel propone abiertamente la lectura de autores incluidos en el *Index* inquisitorial, como Descartes, censurado desde 1660.

Pese a esas intenciones renovadoras, las prácticas de la enseñanza mostraban las contradicciones que la llegada de la Ilustración tuvo en estas tierras. El hermano de Mariano señalaba que el Colegio de San Carlos era administrado por un cura que ejercía como rector, adminis-

¹⁸ Ricardo Luis Molinari, *Buenos Aires, 4 siglos*, TEA, Buenos Aires, 1984, pág. 190.

¹⁹ Goldman, op. cit., pág. 22. Manuel Moreno criticaba acerbamente la enseñanza que se daba en el Colegio de San Carlos. Los alumnos eran humillados y envilecidos «antes que salgan al mundo». Mariano oyó las lecciones «en calidad de copista, esto es, de uno que sigue los cursos de Gramática latina, Filosofía y Teología sin estar en el colegio».

²⁰ Informe de Juan Baltasar Maciel al gobernador de Buenos Aires, de 1771; citado en Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, pág. 20.

trador y custodio de la buena conducta de los colegiales. «Son educados para frailes y clérigos –dice Manuel–, y no para ciudadanos [...] estando reducidas sus lecciones a formar de los alumnos unos teólogos intolerantes, que gastan su tiempo en agitar y defender cuestiones abstractas sobre la divinidad, los ángeles, etc., y consumen su vida en averiguar las opiniones de autores antiguos que han establecido sistemas extravagantes y arbitrarios sobre puntos que nadie es capaz de conocer, debemos decir que es absolutamente ninguna». Finalmente, señala que lo mejor y lo más interesante a su criterio, como el aprendizaje de Lógica, Física natural y experimental, Ética y Metafísica, se dejaba para el final pero también indica que la enseñanza de esas materias estaba viciada de escolasticismo y los profesores se empeñaban en defender doctrinas ya perimidas en Europa, pasando por alto los nuevos descubrimientos científicos. Atribuye el lamentable estado educativo del colegio, por un lado, a la ignorancia promovida por la Corte de Madrid y, por otro, al mantenimiento de los establecimientos educativos en manos de religiosos conservadores.²¹

Si bien la crítica de Manuel Moreno a los métodos de enseñanza era acertada, los resultados, como ocurre muchas veces, fueron bastante distintos a los pretendidos. Entre los pupilos «educados para frailes y clérigos» que compartieron años de estudio con Mariano Moreno se encontraban Saturnino Segurola, Julián Segundo de Agüero, Pedro Somellera, José Miguel Díaz Vélez, Manuel Vicente Maza, Martín Thompson y Manuel Corvalán.²² Solo los dos primeros de ellos se convertirían en sacerdotes, aunque la historia los recuerda principalmente por otros campos de su actividad pública;²³ otros tres se destacarían como abogados y políticos²⁴ y los dos restantes, como

²¹ Manuel Moreno, op. cit., págs. 22-23.

²² Galván Moreno, op. cit., pág. 17.

²³ Saturnino Segurola (1776-1854), doctorado en teología en Chile y cura párroco del Socorro en Buenos Aires, es recordado, sobre todo, por promover la vacunación antivariólica y haber sido en dos ocasiones director de la Biblioteca Pública fundada por Moreno. Julián Segundo de Agüero (1776-1851), también doctorado en Chile, ocupó cargos eclesiásticos y jurídicos, pero su principal actuación fue política, como diputado del Congreso de 1824, ministro de Rivadavia y uno de los más destacados voceros del partido unitario.

²⁴ Pedro Somellera (1774-1854) fue el primer graduado en Derecho de la Universidad de Córdoba y tuvo una larga actuación jurídica, política y como docente universitario. José Miguel Díaz Vélez (1773-1832), graduado de abogado en Chuquisaca, fue diputado en el Congreso de Tucumán, que le encomendó negociaciones

militares.²⁵ Claro está que para que fuese así, fue necesaria una revolución de por medio.

Rebelión en el Colegio

Algunos alumnos del Colegio de San Carlos mostraban un espíritu poco afecto a la sumisión. El 28 de mayo de 1796, un grupo de «colegiales» se amotinó por las malas condiciones de alimentación y la reiteración de castigos corporales aplicados por los celadores, a los que tomaron de rehenes. Reunieron armas y resistieron a balazos a una delegación de la Audiencia que llegaba a parlamentar en nombre del virrey. Los acaudillaba un muchacho de 16 años, Juan Gregorio de Las Heras, futuro general e integrante de la mesa chica del Ejército Libertador comandado por San Martín, y entre los «revoltosos» se encontraban Bernardino Rivadavia, Antonio Sáenz, Manuel Dorrego, José Rondeau y Estanislao Soler. Fue la primera «toma estudiantil» registrada en el Río de la Plata, que el entonces virrey Melo sofocó enviando tropas del Regimiento Fijo de Buenos Aires.²⁶

Mariano Moreno era por entonces un muchachito muy retraído y no participó de esa «asonada» de los pupilos. Era un excelente alumno que hablaba muy bien el latín, al punto de animarse a componer versos en esa lengua. También se destacaba en teología y fue elegido para disertar sobre las conclusiones del curso de filosofía. Había nacido la pasión por la lectura y el estudio que lo acompañaría durante toda su corta vida.

con José Artigas. Manuel Vicente Maza (1779-1839), abogado graduado en Chile, tendría una destacada actuación política en la provincia de Buenos Aires a partir de 1820, hasta su asesinato en el contexto del complot antirrosista protagonizado por su hijo.

²⁵ Martín Thompson (1777-1819), primo y esposo de Mariquita Sánchez, ingresó en la Armada Real española y fue uno de los pocos marinos de carrera que adhirió de inmediato a la Revolución de Mayo. Manuel Corvalán (1774-1847) se incorporó al cuerpo de Arribeños en 1806, fue comandante de la frontera de Mendoza, oficial del Ejército de los Andes, jefe militar federal y edecán de Rosas.

²⁶ Gustavo A. Brandariz, *El Colegio Nacional de Buenos Aires*, Colección «Manzana de las Luces – Crónicas de su Historia», n° 8, Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces «Dr. Jorge E. Garrido», Buenos Aires, 2010, pág. 51.

La aventura de leer en el Buenos Aires colonial

En esos años de estudiante en Buenos Aires, el joven Mariano no paraba de leer todo lo que caía en sus manos, a punto tal que su padre tenía que intervenir frecuentemente para que abandonase la lectura y no pasara la noche leyendo.

No era fácil en esa época satisfacer esa pasión por la lectura. Si bien hacia 1778 se registra en Buenos Aires la presencia de un primer librero –el portugués José de Silva y Aguiar,²⁷ que dos años después se hizo cargo de la administración de la famosa imprenta de los Niños Expósitos–, su negocio vendía principalmente catecismos y materiales de enseñanza elemental.

En 1785, el boticario catalán Francisco Marull comenzó a vender libros en su local de la esquina de las calles de la Santísima Trinidad y del Presidio (actuales Bolívar y Alsina), que con el tiempo se convertiría en la ya legendaria «Librería del Colegio» (actualmente librería de Ávila); pero el alto costo de las ediciones traídas de Europa los ponía fuera del alcance de un muchacho de pocos medios como Moreno. Todo ello, sin contar con la censura imperante que hacía más problemático tener a mano textos de interés para su pasión por el saber.

Donde sí podía conseguir los libros que alimentaran esa pasión era en las bibliotecas de algunos miembros de la elite «ilustrada» y, en especial, en las de algunos clérigos y religiosos que, aunque suene paradójico, incluían una interesante cantidad de textos cuya circulación estaba vedada según el *Index* de libros prohibidos por la Iglesia, las disposiciones del Tribunal del Santo Oficio (la Inquisición) y las reales órdenes de la corona española. Por ejemplo, cuando en 1796 murió monseñor Manuel de Azamory Rodríguez, obispo de Buenos Aires desde 1788, entre sus pertenencias se encontraron numerosas

²⁷ José de Silva y Aguiar, nacido hacia 1733, era de origen portugués y se había establecido en Buenos Aires en 1759. En el padrón de población de Buenos Aires de 1778 figura como dedicado a la venta de libros, negocio que es probable que conservara mientras ejercía como bibliotecario del Colegio de San Carlos, según sugieren dos acuerdos del Cabildo de enero y marzo de 1791. Según José Torre Revello (*El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1940, pág. 125), «quizá fuera el primero que ejerciera tal profesión [la de librero] en Buenos Aires».

obras prohibidas. Anticipándonos un poco, digamos que la colección del obispo Azamor pasaría a integrar la de la Biblioteca Pública que Moreno fundó en 1810. También una de las bibliotecas porteñas más nutridas de la época, la del padre Maciel, incluía entre sus 1009 volúmenes a libros censurados, como el *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle, dos tomos de Rousseau, nueve tomos de Voltaire y otras varias obras prohibidas.²⁸ José Mariluz Urquijo señala que la biblioteca de Francisco de Ortega contenía el mayor número de libros «sugestivos»: 28 tomos de la *Enciclopedia*, las *Cartas Persas* de Montesquieu, otros 4 tomos de Montesquieu, 40 tomos de Voltaire y 7 tomos de *El amigo de los hombres*, del marqués de Mirabeau.²⁹

No hay constancias de que Mariano Moreno tuviese acceso entonces a este tipo de literatura «subversiva», pero sí de que sus contactos le facilitaron abundante material de lectura. Como lo dice su hermano Manuel:

Su anhelo por saber, y los talentos que se le descubrían, le facilitaron formar conexiones con personas literatas y de poder, que lo trataban con particular distinción y lo favorecían con todos los libros que tenían, los cuales no tardaban en volver a sus manos bien examinados. Entre ellas, un respetable religioso del orden de San Francisco de aquella ciudad [Buenos Aires], hombre de calidades muy amables, y particularmente recomendable por su erudición y genio, le abrió las puertas de la librería³⁰ del convento, para que pudiese echar mano a cuantas obras necesitase para su instrucción, y pagado de las buenas disposiciones que descubría en el joven, lo introdujo con sus amigos, y contribuyó en gran parte a proporcionarle una carrera honrosa.³¹

²⁸ Juan Probst, *Juan Baltazar Maziel. El maestro de la generación de Mayo*, Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1946, pág. 351 y ss. Véase al respecto el capítulo «Papeles subversivos» en Felipe Pigna, *1810. La otra historia de nuestra Revolución fundadora*, Planeta, Buenos Aires, 2010, págs. 73-84.

²⁹ José M. Mariluz Urquijo, «La crisis de régimen (1790-1810)», en Roberto Levillier (dir.), *Historia Argentina*, Colección Historia de los Pueblos de América, Editorial Plaza & Janés, Buenos Aires, 1981, Libro III, pág. 1347.

³⁰ En la época, el término *librería* se aplicaba a toda colección de libros, equivalente a *biblioteca*.

³¹ Manuel Moreno, op. cit., págs. 27-28.

El religioso al que hace mención Manuel Moreno era fray Cayetano Rodríguez. Nacido en San Pedro (provincia de Buenos Aires) en 1761, ingresó como novicio de San Francisco a los 16 años, fue profesor de teología y filosofía en la Universidad de Córdoba entre 1783 y 1790 y luego se estableció en Buenos Aires, donde siguió dictando cursos en el convento de su orden. Con el tiempo, sería el editor de los diarios de sesiones de la Asamblea de 1813 y del Congreso de Tucumán.

Con una pequeña ayuda de los amigos

A sus veinte años, Moreno se encontraba en una disyuntiva. La posibilidad de emprender estudios universitarios parecía fuera del alcance de su familia. Una situación que, como describe su hermano Manuel, era común a los criollos «de un origen decente» que «no podían rebajarse al ejercicio de las artes u oficios mecánicos». Esta concepción elitista, propia del curioso concepto de «decencia» que imperaba entonces, llevaba a que quienes no poseyeran una fortuna respetable no tuvieran más alternativa que la de abrazar el estado eclesiástico, «en que se reunía el honor con la pobreza, o la malicia en que se juntaban la indigencia y la corrupción, o bien el foro donde se hallaba un ejercicio provechoso, pero difícil de emprender, porque a más de ser dispendioso a los principios, no presentaba utilidad sino después de algunos años».³²

Estas apreciaciones suenan chocantes, sobre todo en un hombre como Manuel Moreno, que al escribirlas formaba parte de una revolución; en todo caso muestran el limitado horizonte propio de la sociedad colonial. Para sus padres, el destino de Mariano pasaba por la Iglesia. Sin embargo, la decisión se demoraba, ya que la familia no estaba en condiciones de solventar los gastos. Por entonces, las alternativas disponibles eran las universidades de Córdoba y de Chuquisaca –ciudad también llamada Charcas y La Plata, la actual Sucre, en Bolivia–, ya fuese para doctorarse en Teología y luego ordenarse sacerdote o para estudiar Derecho y graduarse de abogado.³³ Esta

³² Ibídem, pág. 29.

³³ Del relato de Manuel Moreno surge que en ningún momento se contempló la posibilidad de que Mariano fuese a la Real Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile.

última aparecía claramente como la preferida, por su mayor prestigio, pero resultaba más costosa tanto por el viaje como por la manutención durante los años de estudio.

Curiosamente, sería un cura rico del arzobispado de La Plata quien ayudase a Mariano. Como era frecuente en tiempos coloniales, el arzobispado altooperuano mantenía un pleito contra la Audiencia de Charcas, por disposiciones tomadas por el tribunal, que la curia consideraba que iban contra sus derechos. Para apelar ante el Consejo de Indias, los eclesiásticos nombraron como su representante al sacerdote Felipe Antonio de Iriarte,³⁴ quien viajó a Buenos Aires para embarcarse rumbo a la Península. Sin embargo, no pudo hacerlo: España estaba en guerra y no había barcos disponibles. Fue así que permaneció en la capital virreinal y, por intermedio de fray Cayetano Rodríguez, conoció a Moreno y quedó muy impresionado al asistir a una de las clases en las que el muchacho expuso las conclusiones sobre sus lecciones de teología y filosofía.

Con la ayuda económica del sacerdote, se aceleraron los preparativos para que Mariano viajase a estudiar a Chuquisaca. Iriarte también arregló para que el joven porteño se instalase en casa de su amigo, el canónigo Matías Terrazas, secretario del arzobispado de Charcas.

También le entregó cartas de recomendación para fray José Antonio de San Alberto, quien había sido obispo de Buenos Aires hasta 1785 y, desde entonces, estaba al frente de la arquidiócesis altooperuana.

Llevaba consigo un certificado que decía:

Yo, el doctor Mariano Medrano, catedrático de filosofía de estos reales estudios en el Colegio de San Carlos de esta capital, certifico en la mejor forma que puedo que en los tres años que frecuenté mi clase don Mariano Moreno, no advertí en él sino un modelo de virtud, de buena educación y de una perfecta sumisión a sus superiores. Estas buenas cualidades, juntas con su mucha aplicación y extraordinario talento, le merecieron singular aprecio no solo de los catedráticos de teología de estos reales estudios, sino

³⁴ Nacido en Jujuy, Felipe Antonio de Iriarte (1759-1821) estaba doctorado en teología en la Universidad de Córdoba y graduado de abogado en Chuquisaca. En esta ciudad comenzó una amistad con el canónigo Matías Terrazas, secretario del arzobispo San Alberto. Después adheriría a la Revolución, por lo que tras la derrota de Sipe-Sipe (1815) tuvo que abandonar el Alto Perú. Elegido diputado al Congreso de Tucumán, se incorporó recién en septiembre de 1816.

de cuantos enseñan esta facultad en los demás estudios de esta capital. Silencioso y exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, jamás tuve motivo para reprenderlo. Humilde y obsequioso por naturaleza, supo cautivar a cuantos lo trataban. Puedo asegurar con todas voces que jamás he conocido mozo alguno que reúna tantas virtudes morales y políticas, y en señal del particular afecto que me ha merecido y para los efectos que le convengan.³⁵

Por otra parte, como vimos, un nuevo ascenso como funcionario del Tribunal de Cuentas le permitió a don Manuel estar más desahogado y asumir los gastos que demandaría el viaje de su hijo hasta La Plata. Puede llamar la atención que, mientras iniciaba a fines de 1799 su largo viaje desde Buenos Aires hacia Chuquisaca, Mariano Moreno lo hiciese bajo los auspicios de lo más granado de la Iglesia en esta parte de América. Es que en los planes de la familia seguía vigente su ingreso a la vida eclesiástica, para lo cual el padre Iriarte había prometido todo su apoyo. Es posible que el propio interesado no descartase todavía esa posibilidad; en todo caso, era una alternativa que seguía abierta.

³⁵ En De Gandía, op. cit., pág. 185.